

Nacionalismo bueno y malo

Entrevista de Nathan Gardels con Isaiah Berlin

Traducción de Mario Ojeda Revah

Nathan Gardels: Según el difunto Harold Isaacs, autor de *Idols of the Tribe*, actualmente presenciamos una "cosecha convulsiva" de naciones. Hay una guerra abiertamente étnica no muy lejos de aquí, en Yugoslavia. La Unión Soviética ha sido hecha trizas por el resurgimiento, en su interior, de repúblicas nacionalistas. El nuevo orden mundial construido a partir de los escombros del Muro de Berlín ha tomado ya el camino de la Torre de Babel. ¿Cuáles son los orígenes del nacionalismo? ¿De donde proviene ésta tormenta?

Isaiah Berlin: La Torre de Babel estaba destinada a tener un carácter unitario; un solo y gran edificio, que alcanzara los cielos, con un solo idioma para todos.

N.G. Al Señor no le gustó la idea.

I.B. Me han dicho que hay una excelente oración hebrea que decir cuando se ve un monstruo: "Alabado sea el Señor por haber introducido la variedad entre sus criaturas." Uno no puede sino felicitarse por haber presenciado la caída en ruinas del despotismo de la Torre de Babel soviética, con todo y lo peligrosas que algunas de las consecuencias de este hecho puedan llegar a ser —me refiero a un enconado choque de nacionalismos. Pero, por desgracia, no sería nada nuevo. El nacionalismo no está resurgiendo en nuestra era moderna: no murió nunca. Tampoco el racismo. Son los movimientos más poderosos del mundo actual, y se difunden a través de muy diversos sistemas sociales.

Ninguno de los grandes pensadores del siglo XIX predijo esto. Saint Simon anunció la importancia de los industriales y los banqueros. Fourier, quien entendió que si el vidrio se hiciera irrompible no habría negocio para el vidriero, entendió asimismo las denominadas "contradicciones del capitalismo". Jacob Burckhardt vaticinó el complejo militar-industrial. No mucho de lo que Marx profetizó resultó cierto, con excepción de la idea, vitalmente importante, de que la tecnología transforma a la cultura. Las grandes corporaciones y los conflictos de clase son algunas de sus consecuencias.

Todos ellos pensaron que el régimen imperial de los grandes estados sería el problema central del siglo XX. Una vez que estos conglomerados tiránicos —el imperio británico, el imperio austrohúngaro, el imperio ruso— fueran destruidos, junto con el colonialismo, los pueblos subyugados por ellos vivirían juntos pacíficamente y cumplirían sus destinos en una forma creativa y productiva. Pues bien, se equivocaron. Si bien la mayoría de los filósofos liberales del XIX se opusieron a la cruel explotación de las "masas oscuras" por el imperialismo, nunca pensó ninguno que los negros, indios, o asiáticos pudieran tener jamás sus propios estados, parlamentos, o ejércitos —eran completamente eurocéntricos.

Supongo que eso cambió con la guerra ruso-japonesa de 1904. El hecho de que una nación asiática derrotara a una gran potencia europea debió de haber producido una descarga

en la conciencia de muchos indios, africanos y otros, y debió de haber dado un gran espolón a la idea de la independencia nacional y de la autoafirmación anti imperialista. Durante el siglo XX ningún movimiento de izquierdas tendría éxito en Asia o África —en Indochina, Egipto, Argelia, Siria o Irak— sin ir de la mano de un sentimiento nacionalista.

El del nacionalismo no agresivo es un asunto muy distinto. Esa idea se inicia para mí con Johann Gottfried Herder el muy influyente poeta y filósofo alemán del siglo XVIII. Herder inventó prácticamente la idea de pertenencia. Creía que así como necesita comer y beber, tener seguridad y libertad de movimiento, la gente necesita pertenecer a un grupo. Privada de esto, se siente aislada, solitaria, disminuida, infeliz. Herder afirmó que la nostalgia era el más noble de todos los dolores. Ser humano significaría ser capaz de sentirse en casa en algún lugar, con los propios semejantes. Cada grupo, según Herder, tiene su propio *Volksgeist* o *Nationalgeist* —es decir, un conjunto de costumbres y un estilo de vida, una manera de percibir y comportarse que es de valor únicamente porque les es propia. La vida cultural es moldeada enteramente desde el interior de la corriente particular de tradición que proviene de la experiencia histórica colectiva compartida sólo por los miembros del grupo. De esta manera, uno no podía entender cabalmente las grandes sagas escandinavas a menos que hubiera experimentado personalmente (como él lo hizo en su viaje a Inglaterra) los esfuerzos de los rudos y valerosos marinos contra una gran tempestad en el Mar del Norte.

La idea de nación de Herder era profundamente no agresiva. Lo único que quería era la autodeterminación cultural. Negaba la superioridad de un pueblo sobre otro. Cualquiera que proclamara dicha superioridad mentiría. Herder creía en una variedad de culturas nacionales, todas las cuales podrían, a su parecer, coexistir pacíficamente. Cada cultura era igual en valor y merecía tener su propio lugar bajo el sol. Los villanos de la historia eran para Herder los grandes conquistadores como Alejandro Magno, César o Carlomagno, porque suprimieron las culturas nativas. No viviría para ver todo el efecto de las victorias de Napoleón —no obstante, en cuanto socavaron el predominio del Sacro Imperio Romano Germánico, bien pudo haberlas perdonado.

Sólo lo singular tenía valor verdadero. Por ello Herder se opuso también a los universalistas franceses de la Ilustración. Para él había pocas verdades eternas: tiempo, lugar, y vida social —lo que hoy se llama sociedad civil— eran todo.

N.G. Claro que el *Volksgeist* de Herder se convirtió en el Tercer Reich. Y hoy el *Volksgeist* servio está en guerra con el *Volksgeist* croata, armenios y azerbaiyanos lo están haciendo mucho, y entre georgianos y rusos —y aun entre ucranianos y rusos— las pasiones se caldean. ¿Qué transforma la aspiración de autodeterminación cultural en agresión nacionalista?

I.B. He escrito en otra parte que un *Volkegeist* herido, por así decirlo, es como una rama doblada: cuando se la fuerza severamente y después se la libera, chasquea rabiosamente. El nacionalismo, al menos en Occidente, fue creado por las heridas infligidas por la tensión. En cuanto a Europa Oriental y el antiguo imperio soviético, parecen hoy una gran herida abierta. Tras años de opresión y humillación, existe el riesgo de una contrarreacción violenta, un estallido de orgullo nacional, autoafirmación a menudo agresiva, de parte de las naciones liberadas y de sus dirigentes.

Aunque no me esté permitido decirlo a los historiadores alemanes, creo que Luis XIV fue el principal responsable de los orígenes del nacionalismo alemán en el siglo XVII. Mientras que el resto de Europa —Italia, España, los Países Bajos y, sobre todo, Francia— vivió un magnífico renacimiento en las artes y el pensamiento, en el poder político y militar. Alemania, después de la era de Durero, Grünewald y Altdörfer, se convirtió, excepción hecha de la arquitectura, en un remanso relativo. Los alemanes solían ser vistos con desprecio por los franceses, que los consideraban unos patanes cerviceros, provincianos, sencillos, ligeramente cómicos, alfabeticados pero escasamente dotados.

Al principio, se imitó mucho a los franceses, naturalmente, pero después se daría, como siempre, una reacción. Algunos devotos predicadores alemanes preguntaron: ¿Por qué no ser nosotros mismos? ¿Por qué tenemos que imitar a los extranjeros? Dejad a los franceses con sus cortes reales, sus salones, sus mundanos abates, sus soldados, poetas, pintores, su vacua gloria. No es más que escoria. Lo único que importa es la relación del hombre con su propia alma, con Dios, con los valores verdaderos, que son los del espíritu, la vida interior, la verdad cristiana.

Hacia 1670, este movimiento nacional pietista estaba en marcha; fue este el movimiento espiritual en el que crecieron Kant, Herder, Hamman, los sabios de Prusia Oriental. Esta francofobia clerical, alentada sin duda por el antirromanismo prevaleciente, se parece mucho a un racimo de uvas agrias. Entonces comienza la autoafirmación nacionalista. Para 1720, Thomasius, un pensador alemán menor, se atrevió a dictar cátedras universitarias en su propia lengua, en vez de hacerlo en latín. Fue visto como una importante desviación.

Las consecuencias correspondientes de las más profundas humillaciones —de las guerras napoleónicas al Tratado de Versalles— son demasiado evidentes.

Actualmente los georgianos, armenios y demás intentan recuperar sus pasados sumergidos, hechos a un lado por el inmenso poderío imperial ruso. Perseguidos bajo Stalin, las literaturas armenia y georgiana sobrevivieron: Isakian y Yashvili fueron grandes poetas; las traducciones de Pasternak de Vaz Pshavela y Tabidze constituyen una lectura maravillosa —pero cuando Ribbentrop visitó a Stalin en 1939 le obsequió una traducción alemana de la epopeya georgiana del Siglo XII "El Caballero de la piel de tigre", escrita por Rustaveli. ¿Quién en Occidente conocía obras maestras posteriores?

Tarde o temprano la reacción violenta se da con fuerza irreprimible. La gente se cansa de ser humillada, de recibir órdenes de una nación superior, una clase superior o un superior cualquiera. Tarde o temprano, surgen las preguntas nacionalistas: "¿por qué tenemos que obedecerlos?" "¿Qué derecho tienen?" "¿Y nosotros?" "¿Por qué no podemos...?"

N.G. Todas estas ramas dobladas en revuelta pudieran haber trastocado finalmente el orden ideológico mundial. El estallido del sistema soviético bien pudiera ser el último acto de desconstrucción de los ideales ilustrados de unidad, universalidad y racionalismo liberal. Todo eso ha terminado ahora.

I.B. Creo que es cierto. Y Rusia es un lugar apropiado para ilustrar los malentendidos de las *lumières*. La mayoría de los occidentalizadores rusos que siguieron a los pensadores franceses del siglo XVIII los admiraban porque se enfrentaron a la Iglesia, a las tendencias reaccionarias, al destino. Voltaire y Rousseau fueron héroes porque reclutaron a la razón y el derecho a la libertad, en contra de la reacción.

Pero hasta mi héroe, el escritor radical Alexander Herzen, jamás aceptó, por ejemplo, los reclamos de Condorcet de verdades cognoscibles y eternas. Creía que la idea del progreso continuo era una ilusión, y protestó contra las nuevas idolatrías, el sustituto de los sacrificios humanos —el sacrificio de seres vivientes a nuevos altares: las abstracciones, como la clase universal, o el partido infalible, o la marcha de la historia —la victimización del presente en aras de un futuro incierto que llevaría a una solución armónica.

Herzen consideraba con mucha suspicacia cualquier dedicación a la unidad abstracta y la universalidad. Para él, Inglaterra era Inglaterra, Francia era Francia, Rusia era Rusia. Las diferencias no podían ni debían de ser aplastadas. Los fines de la vida eran la vida misma. Para Herzen, como para Herder y para el filósofo italiano del Siglo XVIII Giambattista Vico, las culturas eran inconmensurables. De esto se deriva, aunque ellos no lo hayan manifestado, que la búsqueda de la armonía total, o del Estado perfecto, es una falacia, algunas veces fatal. Desde luego, nadie creía en la universalidad más que los marxistas: Lenin, Trotsky y los otros que triunfaron se veían a sí mismos como discípulos de los pensadores de la Ilustración, corregidos y puestos al día por Marx.

Si tuviéramos que defender el balance general del comunismo, a lo que ni usted ni yo estaríamos dispuestos, tendríamos que hacerlo sobre la base de que Stalin pudo haber asesinado a 40 millones de personas, pero al menos sofocó al nacionalismo y evitó que la Babel étnica afirmara anárquicamente sus ambiciones. Por supuesto, Stalin lo sofocó, como a todo lo demás, pero no lo mató. Tan pronto como la lápida fue quitada de la tumba, se alzó de nuevo, vengativo.

N.G. Herder fue un crítico "horizontal", si se quiere, de las *lumières* francesas, ya que creía en la singularidad de todas las culturas. Giambattista Vico también se opuso a la idea de universalidad de la Ilustración desde una perspectiva histórica o "vertical". Como ha escrito usted, creía que cada cultura sucesiva era inconmensurable con otras.

I.B. Ambos rechazaban la idea de la Ilustración de que el hombre, en cualquier país y en cualquier época, tenía valores idénticos. Para ellos, como para mí, la pluralidad de culturas es irreductible.

N.G. En su opinión, el colapso final del totalitarismo comunista, una criatura del ideal de universalidad, ¿indicaría que estamos viviendo los últimos años del último siglo moderno?

I.B. Casi podría aceptarlo. El ideal de universalidad, tan profundamente pervertido que horrorizaría a los *philosophes* que lo plantearon, permanece evidentemente bajo alguna forma en los remotos confines de la influencia Europea —China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba.

N.G. Sólo podemos imaginar lo distinto que pudo haber resultado el siglo XX si hubieran prevalecido las ideas de Vico y de Herder en vez de las de los *philosophes* franceses o las de Hegel y Marx, si el alma local no hubiera sido desplazada por el alma mundial. Podríamos haber tenido un siglo de pluralismo cultural en vez de totalitarismo.

I.B. ¿Cómo podría haber ocurrido eso? El universalismo en el siglo XVIII era la doctrina del país más poderoso, Francia. De modo que todos intentaron emular su brillante cultura. Quizá se deba mucho más al surgimiento de las ciencias naturales, con el énfasis sobre las leyes universales, y la naturaleza como un organismo y una máquina, y la imitación de los métodos científicos en otras esferas, que dominaban todo pensamiento. Alentada por estas ideas, la explosión tecnológica y de desarrollo económico del siglo XIX aisló las corrientes intelectuales derivadas de pensadores no cuantitativos —más bien cualitativos— como Vico y Herder.

El temperamento de la época está plasmado en una historia que se cuenta en uno de los libros de Jacob Talmon. Trata de dos maestros de escuela checos que hablan entre sí a principios del siglo XIX. "Somos probablemente las últimas personas en el mundo que hablamos el checo," se decían el uno al otro; "nuestra lengua ha llegado a su fin. Inevitablemente, hablaremos alemán aquí en Europa Central, y probablemente en los Balcanes también. Somos los últimos sobrevivientes de nuestra cultura nativa." Por supuesto, tales sobrevivientes están actualmente en el poder en muchas partes.

N.G. ¿Es entonces la balcanización —incluso la balcanización de los Balcanes— algo bueno?

I.B. La balcanización implica muchas naciones pequeñas llenas de orgullo nacional, odios y envidias, incitados por los demagogos, guerreando una contra otra, como lo hicieron en los Balcanes en 1912. Es una perspectiva más bien sombría.

Herder creía, quizás ingenuamente, que la sociedad podría desarrollarse pacíficamente y de manera no violenta en su interior, sin envía a hostilidad hacia otras que hicieran lo mismo —por el contrario, con buena disposición hacia el otro. Era también la esperanza del gran patriota italiano del siglo XIX Giuseppe Mazzini.

N.G. ¿Quizás las heridas de la humillación totalitaria sean demasiado profundas para semejante visión benigna?

I.B. Vaclav Havel le diría que los hechos carecen de intenciones agresivas. Es exactamente el tipo de liberal cultural que fue durante toda su honorable vida Thomas Mazarik, el fundador de la Checoslovaquia moderna (que ahora, me parece, se llama la República Federal de Checos y Eslovacos). A Adam Michnik o Bronislaw Geremek les gustaría, estoy seguro, que eso fuera cierto también en el caso de Polonia. Quisiera creerlo de Lech Walesa y de Boris Yeltsin. Pero no hay duda de que la posibilidad, desgraciadamente, y aun la factibilidad de un choque étnico es mucha en esa parte del mundo.

N.G. ¿Qué estructura política podría alojar esta nueva era de autodeterminación cultural, preservar la libertad y tal vez detener parte de la sangría inminente?

I.B. La autodeterminación cultural sin un marco de referencia político es precisamente el problema ahora, y no sólo en el Este. España tiene a los vascos y a los catalanes; Gran Bretaña, a los norirlandeses; Canadá, a los quebequenses; Bélgica, a los flamencos; Israel, a los árabes... ¿Quién en el pasado hubiera siquiera soñado con un nacionalismo bretón o con

un partido nacional escocés? Es evidente que los idealistas como Herder no consideraron este problema. Herder odiaba al imperio austrohúngaro por haber unido políticamente elementos incompatibles.

En Europa Oriental parecen realmente despreciarse los unos a los otros. Los romanos odian a los húngaros y los húngaros han tenido aversión por los checos en una forma en que los bretones no pueden pretender odiar a los franceses. Es un fenómeno de orden distinto; únicamente los irlandeses son así en Occidente. Sólo en los Estados Unidos hay una serie de grupos étnicos que han retenido en alguna medida algo de sus culturas originales propias, y a nadie parece importarles demasiado. Los italianos, polacos, judíos, tiene sus propios periódicos, libros y, me han dicho, hasta programas de televisión.

N.G. Tal vez cuando los inmigrantes abandonan su tierra, también dejen atrás el lado apasionado de su *Volksgeist*. Sin embargo, incluso en los Estados Unidos un nuevo movimiento multiculturalista ha surgido en las universidades, un movimiento que busca subrayar no lo que es común, sino lo que no se encuentra en los programas de estudios.

I.B. Sí, sé a qué se refiere. Estudios africanos, estudios puertorriqueños, etc. Supongo que es también una revuelta de minorías, del tipo de la rama doblada, que se sienten en desventaja en el contexto de la polietnicidad norteamericana. Pero me parece que la cultura común que todas las sociedades necesitan profundamente puede ser alterada sólo por un poco más que un grado moderado de autoafirmación de parte de las minorías étnicas, o de otro tipo, con conciencia de una identidad común. La polietnicidad no fue una idea de Herder. Él no instó a los alemanes a estudiar holandés o a los estudiantes alemanes a estudiar la cultura de los portugueses.

Para Herder no hay nada acerca de la raza ni de la sangre. Sólo habló del suelo, el idioma, los recuerdos comunes y las costumbres. Su idea central, como alguna vez me dijo un amigo montenegrino, es que la soledad no es sólo la ausencia de otros sino que más bien tiene que ver con vivir entre gente que no entiende lo que uno dice; ellos podrán entender plenamente sólo si pertenecen a una comunidad donde la comunicación se da sin esfuerzo, casi de manera instintiva.

Herder, me parece, hubiera visto con desdén las fricciones culturales generadas en Viena, donde muchas nacionalidades fueron abarrotadas dentro del mismo espacio estrecho. Esto produjo hombres de talento, pero muchas veces con un elemento profundamente neurótico —no hay más que pensar en Gustav Mahler, Ludwig Wittgenstein, Karl Kraus, Arnold Schoenberg, Stefan Zweig, y el nacimiento del psicoanálisis dentro de esta sociedad tan judía y tan defensiva. Todos esos tremendos enfrentamientos entre culturas no muy compatibles —eslavos, italianos, alemanes, judíos— dieron lugar a una gran creatividad. Fue un tipo de expresión cultural distinta de una Viena anterior, la Viena de Mozart o Haydn o Schubert.

N.G. Al lidiar con el separatismo quebequense, Pierre Trudeau invocaba a Lord Acton. Le parecía que dondequiera que los límites políticos coincidieran con límites étnicos era inevitable que el chovinismo, la xenofobia y el racismo amenazaran la libertad. Sólo los derechos constitucionales individuales —iguales derechos de ciudadanía para todos, sin consideración de la etnicidad— en una república federal protegerían a las minorías y los individuos. "La teoría de la nacionalidad" citaba Trudeau a Acton "es un paso atrás en la historia".



I.B.: Lord Acton fue una noble personalidad, y estoy de acuerdo con él. Sin embargo, debemos de admitir que pese a los esfuerzos de Trudeau los quebequeses están todavía buscando su independencia. A gran escala, hay que considerar que, pese a los monopolios clericales y reales de poder y de autoridad, la Edad Media fue, de algún modo, más civilizada que el profundamente agitado siglo XIX —y mucho más que nuestro propio y terrible siglo, con su violencia generalizada y, al cabo, su destrucción masiva en holocaustos raciales y, como el de Stalin, políticos. Claro que hubo fricciones étnicas en la Edad Media, y persecuciones de judíos y herejes, pero el nacionalismo como tal no existió. Las guerras eran dinásticas. Lo que existía era la Iglesia universal y un idioma latín común.

No podemos hacer retroceder a la historia. Sin embargo, no deseo abandonar la creencia de que un mundo capaz de ser un ordenado tapiz de diversos colores, en el que cada fragmento desarrolle su propia y original identidad cultural y sea tolerante de las demás, no es un sueño utópico.

N.G.: ¿Con que hilo común podrían tejerse las distintas telas? En un universo de mundos culturales autónomos, cada uno en su propia órbita, ¿dónde está el sol que impide que los diversos planetas salgan de su órbita y choquen entre sí?

I.B.: Eso podría llevarnos de nuevo a un imperialismo cultural. Dentro del universo de Herder no había necesidad de un sol. Sus culturas no eran planetas, sino estrellas que no chocaban. Debo admitir que al final del siglo XX hay pocos elementos históricos para pensar en realizar una visión semejante.

A los 82 años de edad, he vivido casi todo el siglo, el peor siglo que Europa haya tenido jamás. En mi vida, han sucedido más cosas terribles que en ningún otra época de la historia. Peores aún, sospecho, que en la época de los hunos. Sólo cabe esperar que después de que los diversos pueblos se cansen de pelear, la corriente sangrienta pueda amainar. A menos que podamos aplicar torniquetes para detener la hemorragia y vendajes a las heridas, a fin de que puedan sanar lentamente, incluso si dejan cicatrices, estaremos condenados a la prolongación de una muy mala época. Las únicas naciones sobre las cuales uno no debiera de alarmarse son las naciones satisfechas, no heridas o aliviadas, como las democracias liberales de los Estados Unidos, Europa occidental, Australia, Nueva Zelanda, y, uno espera, Japón.

N.G.: Quizá los dos futuros vivirán, separados, hombro con hombro. Una civilización del suelo, por así llamarla, y una civilización del satélite. ¿En vez de la violenta escisión de las naciones, las naciones satisfechas se convertirían en un mundo pequeño después de todo, con las pasiones de la sangre y del suelo alejadas por el consumismo homogeneizante y los medios de comunicación masivos? ¿Quizá sea este el precio de la integración pacífica? Como Milan Kundera ha escrito recientemente, las culturas frívolas son antropológicamente incapaces de hacer la guerra. Sin embargo, son también incapaces de producir un Picasso.

I.B.: Por lo que a ello respecta, no creo que sólo los acontecimientos trágicos y las heridas puedan crear genios. En Europa Central, Kafka y Rilke cargaban heridas. Sin embargo, ni Racine ni Molière ni Pushkin ni Turgueniev —a diferencia de Dostoyevski— tenían profundas heridas espirituales. Goethe parece haber estado completamente libre de ellas. El destino de los poetas rusos de nuestro siglo es más sombrío.

Sin duda, la uniformidad puede incrementarse bajo la presión de la tecnología, como ya está sucediendo con la americanización de Europa. Hay quien odia esto, pero sin duda nadie podrá pararlo. Como hemos discutido, es posible, como en el imperio austro-húngaro, que haya uniformidad política y económica, pero variedad cultural. Es eso lo que a fin de cuentas visualizo, un grado de uniformidad dentro de las naciones "satisfechas", combinado con un grado placentero de variedad pacífica en el resto del mundo. Tengo que admitir que la tendencia actual va en dirección contraria: una autoafirmación aguda, a menudo agresiva, de parte de algunos grupos humanos muy menores.

N.G.: ¿Qué piensa del surgimiento de un nuevo conjunto de valores comunes —derechos humanos y ecológicos— que pueden hasta cierto punto unir todas estas culturas en ebullición sin constreñir lo que les es peculiar?

I.B.: En el momento actual no pareciera haber valores mínimos aceptados que puedan mantener el mundo en orden. Esperemos que algún día un gran mínimo de valores comunes, como los que usted menciona, sean aceptados. De otro modo estaremos destinados a perecer. A menos que exista un mínimo de valores compartidos que puedan preservar la paz, ninguna sociedad decente podrá sobrevivir.

N.G.: El sueño liberal del cosmopolitismo, incluso dentro del mundo satisfecho ¿se encuentra en la agenda en lo que a usted respecta?

I.B.: Creo, como Herder, que el cosmopolitismo es vacío. La gente no puede desarrollarse a menos que pertenezca a

alguna cultura. Incluso quien se revela contra ella y llega a transformarla por completo, sigue perteneciendo a una corriente de tradición. Pueden crearse nuevas corrientes —en Occidente, por la cristiandad, o Lutero, o el Renacimiento, o por el movimiento romántico, pero al cabo todas derivan de un solo río, una tradición central subyacente, que a veces sobrevive bajo formas radicalmente alteradas. Sin embargo, si las corrientes se secan, por ejemplo en aquellos lugares donde los hombres y las mujeres no son producto de una cultura, donde no tienen parentesco ni amistades, ni se sienten más cercanos a algunas personas que a otras, donde no existe una lengua vernácula —eso puede llevar a una tremenda desecación de todo aquello que es humano.

N.G.: ¿De manera que para usted Vico y Herder, los apóstoles del pluralismo cultural, serían los filósofos del futuro?

I.B.: Sí, en el sentido de que todos somos afectados por un número de valores hasta cierto punto. De los griegos y los hebreos al medioevo cristiano, al Renacimiento y a la Ilustración de los siglos XVII y XVIII, la unidad era la principal virtud. La verdad es una, muchas son un error. La variedad es una nueva virtud, que nos fue legada por el movimiento romántico, del cual Herder y Vico, a quienes yo considero los profetas de la variedad, fueron una parte importante. Después, la variedad, la pluralidad (que entraña la posibilidad de muchos ideales incompatibles que atraigan la devoción humana), la sinceridad (que no necesariamente nos llevaría a la verdad o a la bondad) son consideradas como virtudes. Una vez que la pluralidad de modos de vida sea aceptada, y pueda haber mutua estimación entre perspectivas diferentes y no compaginables, será difícil suponer que todo esto pueda ser aplastado —*gleichgeschaltet*— por una bota inmensa y demoleadora. En esta línea, permítame hacer una profecía para el siglo XXV. El mundo feliz de Aldous Huxley —perspectiva menos dramática pero de algún modo más insidiosa que la de 1984 de Orwell— podría quizá establecerse, en parte como una respuesta irresistible a la interminable violencia étnica y a la rivalidad nacionalista en la vuelta del milenio. Bajo este sistema todos podrían ser vestidos y alimentados. Todos podrían vivir bajo un techo, siguiendo un mismo modo de vida. No obstante, tarde o temprano alguien habría de rebelarse, alguien clamaría por espacio. La gente no sólo se rebelaría contra el totalitarismo, sino en contra de un sistema omnipotente, benigno y bienintencionado. El primer individuo terrible que se rebeló será quemado vivo. Pero otros alborotadores habrán de seguirlo sin duda. Si de algo estoy seguro, después de haber vivido durante tanto tiempo, es que la gente debe rebelarse, tarde o temprano, en contra de la uniformidad y de los intentos de solución global de cualquier clase.

La reforma fue una rebelión contra los reclamos de autoridad universal. La dominación romana de vastos territorios se derrumbó a su debido tiempo. De la misma manera ocurrió con el imperio autrohúngaro. El sol se puso para el imperio británico. Ahora lo hace para el imperio soviético.

Hay una historia rusa sobre un sultán que decidió castigar a una de sus mujeres por una fechoría: ordenó que fuera encerrada con su hijo en un barril y los arrojó al mar para que perecieran. Después de varios días el hijo dijo a la madre: "no soporto estar tan acalambreado, quiero estirarme". "No puedes hacerlo", respondió ella, "destaparías el barril y nos ahogáramos". Varios días después, el hijo protestó de



nuevo "necesito espacio". La madre dijo: "por Dios, no lo hagas: nos ahogaremos". El hijo dijo entonces: "que así sea; tengo que estirarme, sólo una vez, y después que venga lo que venga". Obtuvo su momento de libertad y pereció. El radical ruso Herzen aplicó brillantemente esta historia a la condición del pueblo ruso. Estaban destinados, tarde o temprano, a rebelarse en aras de obtener su libertad —sin consideración por lo que viniera después.

N.G.: En tiempos de Herder, hubiéramos sido del todo incapaces de comprender la maestría de una saga escandinava sin haber experimentado una tempestad del Mar del Norte; hoy, a través de MTV, los adolescentes pueden compartir desde Hong Kong hasta Moscú o Los Ángeles la misma emoción de un concierto de Madonna. ¿Qué puede significar la autodeterminación cultural en una época semejante?

I.B.: De igual forma, las diferencias del pasado cobran su precio: los cristales a través de los cuales los jóvenes de Bangkok y Valparaíso ven a Madonna no son los mismos. Se dice que las muchas lenguas de las Islas de Polinesia y Micronesia son completamente diferentes entre sí; también ocurre en el Cáucaso. Si usted piensa que todo esto algún día dará lugar a un idioma universal —no sólo para propósitos definidos, para la política o los negocios, sino para dar a entender matices sentimentales, para expresar vidas interiores— entonces supongo que lo que usted sugiere podrá suceder: no sería una cultura universal, sino la muerte de la cultura misma. Celebro estar tan viejo como estoy. □